

# Cuento solidario

Por Raquel H., alumna de 3º de E.S.O.

Senegal es un país de África occidental, que limita al oeste con el Océano Atlántico, al norte con Mauritania, al este con Malí y al sur con Guinea. Tiene 13.712.000 de habitantes, el índice de fecundidad es superior a los cinco hijos por mujer y la esperanza de vida es de 56 años.

Me llamo Cristina y soy periodista. Ayer me pidieron que entrevistara a algunos de los misioneros que partieron hacia Senegal hace por lo menos un mes. Volvieron ayer por la tarde, así que hoy me dirijo hacia la casa de algunos de ellos para hablar sobre su experiencia y sobre los motivos que les pudieron haber impulsado a convertirse en misioneros.

Son las doce de la mañana, y me encuentro en la casa de Miguel, un joven reportero que viajó allí para ayudar y saber algo más de la vida en Senegal.

-Hola, Miguel. Cuéntame, ¿cómo empezó todo esto?

-Bueno, yo siempre había querido ir allí para hacer un reportaje sobre los elefantes africanos, pero cuando me enteré de que los que iban querían ayudarme dije, ¿por qué no? Puedo hacer las dos cosas.

-¿Y viste muchos elefantes?

-No.

Miguel me mira con una expresión indefinida en la cara, como preguntándose cómo justificar su respuesta.

-¿Por qué?

-Porque les vi a ellos. A los niños enfermos, las mujeres embarazadas, los ancianos...

Le miro sin comprender y Miguel me explica:

-No tenía ni idea de cómo vivían, por eso me impactó tanto. Llegué allí con un propósito en la cabeza, y en cuanto comprendí lo mucho que me necesitaba aquella gente, me olvidé por completo de los elefantes.

Le hago unas preguntas más a Miguel, le doy las gracias y me voy de su casa. Todavía tengo que ver a más personas.

Ahora me dirijo hacia la casa de Ángela, una enfermera que viajó allí a curar a los enfermos de sida.

-Buenos días, Ángela. ¿Qué puedes contarme de tu experiencia en Senegal?

-Fue algo increíble. Ver la forma de vida que tienen y compararla con la tuya te hace sentirte fatal, y en lo único que piensas es en ayudarles. Fui a curar enfermos de sida y terminé haciendo de todo. Ayudé en partos, jugué con los niños del pueblo al que fuimos, alimenté a enfermos, ayudé a las mujeres en los trabajos del campo...

En la mirada de Ángela puedo apreciar alegría y bondad mientras me cuenta todo esto. Tengo la sensación de que lo volvería a hacer una y mil veces.

-¿Qué sentías cuando hiciste todo eso?

-Plena satisfacción. Ganas de dar todo de mí por la gente de la que nadie se acuerda. La mayoría de las personas sólo se sienten misioneras en el domingo, a la hora de sacar la calderilla que lleva en el bolsillo y dejarla caer en la cestita de madera. Después salen de paseo en su coche reluciente con la sensación de haber hecho algo bien, y no es así. Tampoco es cuestión de devanarte los sesos por la gente de Senegal que está a más de 3000 km de ti, pero sí de ser más solidarios y generosos a la hora de contribuir. A lo mejor el dinero que te podrías haber gastado en un café con leche y un bollo se lo gasta un niño en un libro para poder estudiar.

Continúo hablando un poco más con Ángela, me despido y me voy.

A medida que voy descubriendo cosas así me van dando ganas de ir a Senegal a mí también. Ahora voy a casa de José, un profesor que había ido a enseñar en uno de sus colegios.

-Hola, José. Dime, ¿qué tal fue tu experiencia?

-Pues la verdad es que no me lo imaginaba así para nada. Pensé que iba a tratar con unos cuantos niños de caritas tristes y demacradas y no podía haber estado más equivocado. A pesar de su situación y sus recursos se les veía con una sonrisa feliz en la cara a todas horas.

-¿Qué pensaste nada más llegar?

-Cuando llegué a aquel lugar, sin motivo alguno, me vino de pronto la imagen de un cochecito de juguete que tuve cuando era pequeño. Me lo regalaron mis abuelos cuando cumplí diez años. El coche era precioso, pero al día siguiente se le rompió uno de los espejos retrovisores y ya no volví a jugar más con él. Entonces me giré y vi a unos niños jugando con una caja de cartón. A partir de ese momento, pude jurar que probablemente la mayoría de estos niños sean más felices con lo que tienen que un chico de hoy en día con una PSP.

-Entiendo. Y ¿Cuál fue la reacción de los niños al veros llegar?

-Vinieron corriendo a saludarnos, diciéndonos cosas en francés y saltando a nuestro alrededor. Sabían que veníamos para ayudar, y estaban contentos. En clase, cuando les explicaba las cosas no paraban de hacerme preguntas. En la mayoría de los países desarrollados los niños se lamentan de tener que ir a un colegio. Ellos darían lo que fuera con tal de tener esa oportunidad. Hay un proverbio muy sabio que dice: "Yo me quejaba de no tener zapatos, hasta que conocí a un hombre que no tenía pies". Las personas tenemos que aprender a apreciar lo que tenemos.

- Claro que sí. Entonces, ¿no te arrepientes de haber ido hasta allí?

-Para nada, todo lo contrario. El año que viene volveré a ir.

Hablo un rato más con él, me despido y me voy.

Por esta mañana, he terminado. Ahora tengo que llevar todo lo que he anotado en mi libreta al centro de redacción del periódico donde trabajo. Pero antes, pienso ir a la iglesia a hacer un donativo. Yo también quiero ser misionera.

